

EL SOL DE MEXICO

LAS DOS IGLESIAS DEL CONO SUR

Por Carlos SUAREZ M.

El innegable poder espiritual y político de la Iglesia Católica en América Latina, nacido de las prerrogativas que la corona española otorgó a los misioneros durante la conquista del Continente, se traduce en su directa participación en los conflictos que durante un siglo y medio vienen manteniendo los pueblos con sus dominadores extranjeros y nativos. En países como Ecuador, Perú o Guatemala, lugares en donde los clérigos volcaron su prédica hacia la defensa del latifundio, bendiciendo los atropellos del gamonalismo y condenando "herejías" tales como la Reforma Agraria emprendida por el gobierno de Jacobo Arbenz, diversos escritores inmortalizaron las luchas campesinas contra la opresión, con respaldo eclesiástico. Baste recordar las páginas de Alegria, Icaza y Asturias, entre otros que con maestría reflejaron a las sociedades precapitalistas donde el terrateniente era dueño de vidas y haciendas (todavía en muchas regiones sigue siendo así), aunque también surgieron del libro y la crónica periodística las protestas tumultuosas de aquellas masas desheredadas.

Después de la segunda guerra, apoyándose en el impulso de las revoluciones anticolonialistas de Asia y Africa, los pueblos latinoamericanos lograron avances substanciales. Y si el crecimiento de la conciencia de los trabajadores, de sus organizaciones políticas y sindicales, no está reflejada en el panorama de dictaduras que agobia al subcontinente, no se debe a incapacidad o falta de espíritu de lucha sino a la injerencia brutal de los Estados Unidos en nuestros países.

El derrocamiento de Arbenz, Perón, Bosch, Goulart y Allende, para citar sólo algunos ejemplos de la intromisión imperial, invalida la ya clásica argumentación acerca de la "inmadurez cívica" de los lati-

noamericanos, siempre contrapuesta al "desarrollo democrático" de la potencia nortea. Los pontífices de la democracia representativa han resuelto sus problemas políticos internos con el asesinato de varios presidentes, expresando a través del caso Watergate el nivel moral de un sistema corrompido hasta los cimientos por el afán desmedido de lucro, usura y expansión económico-financiera. Ello no impide que se sigan alzando voces para exaltar al american way of life; tampoco es difícil ubicarlas: son las de los colaboracionistas del colonialismo español o portugués durante 4 siglos; son las de aquellos que ayudaron a los invasores ingleses en el Río de la Plata o a los franceses en México; son, en última instancia, las reservas de cualquier ejército de cipayos mercenarios que atente contra la soberanía de nuestras patrias.

Los triunfos y derrotas populares han ido dejando la semilla política e ideológica que preanuncia avances definitivos. Incluso en instituciones tradicionalmente defensoras del statu quo (Iglesia Católica y ejércitos) se produjeron movimientos que dieron por resultado la toma de posiciones revolucionarias en oficiales y sacerdotes. Camilo Torres en Colombia, los militares de la primera época del gobierno peruano surgido en 1968, Caamaño, Torrijos, Helder Cámara, etc., son ejemplos de un desbloqueo del sistema oligárquico de dominación. Desde luego que esos casos no afectaron la disciplina institucional en forma decisiva o a niveles continentales, pero si pusieron en evidencia signos de protesta, contradicciones virtualmente insolubles, que cuando los pueblos pasen a la ofensiva adquirirán relevancia fundamental.

De las mismas filas, antes cohesionadas junto al privilegio, que dieron un cerrado apoyo a los derrocamientos de Perón en 1955 y Allende en 1973 nacieron ahora grupos o personas que condenan el ava-

sallamiento de los derechos humanos bajo las dictaduras de Pinochet y Videla. En el Paraguay de Stroessner, antiguo bastión del oscurantismo, la existencia de curas vinculados a estudiantes y trabajadores en la resistencia, inquieta al déspota sustentado por el terror.

Tampoco faltaron pronunciamientos concretos de las iglesias boliviana y uruguaya, señalando en forma enérgica las persecuciones que sufre la ciudadanía y la cínica derogación de los derechos establecidos por las respectivas constituciones. Esto comienza a inquietar a los dictadores "occidentales y cristianos", acostumbrados como estaban a la santificación del crimen por parte de los epígonos de Pío XII, el mismo que bendijo las empresas de Hitler y Mussolini.

Prueba de ello lo dan los ataques de Pinochet y sus paniaguados al arzobispado de Santiago, institución que el 1 de agosto publicó en el diario La Tercera de la Hora una carta informando sobre las irregularidades que se cometen en perjuicio del abogado Hernán Montealegre, asesor de la organización católica Vicaría de la Solidaridad. Montealegre, actualmente prisionero en el campo de concentración Tres Alamos, es acusado por la junta militar de "comunista" y de "preparar acciones subversivas en colusión con los servicios de inteligencia cubanos". No obstante tales cargos, el gobierno de Chile se niega a llevar al preso ante los tribunales (recuérdese el interminable calvario de Corvalán con idénticos resultados) porque, claro está, no pueden ni cumplir los términos de sus propias leyes.

La cuestión radica aquí en ganar tiempo para fraguar infundios acerca de conspiraciones sólo existentes en el delirio de los generales, inevitablemente expuestos al ridículo de tener que concluir sus procesos sin hallar la mínima prueba. Donde sobran arbitrariedades (es lo único

que sobra en el Cono Sur frente a la miseria popular), faltan fundamentos con que implicar al disidente.

Los generales del Cono Sur tienen, pese a que se crea lo contrario, un rasgo de fina sensibilidad: cuando suena el teléfono y del otro lado del aparato se escucha la voz de un funcionario norteamericano, pueden llegar hasta enternecerse. Acostumbrados a la disciplina cuartelera ("el superior siempre tiene razón"), responden con un "sí mister" a cualquier directiva. Claro está que, por eso de las contradicciones sociales y políticas (desde luego que originadas en las "invenciones de los ideólogos foráneos"), reaccionan drásticamente la situación al dirigirse a sus conciudadanos no pertenecientes a la oligarquía.

Es así como construyeron un mundo maniqueo de "buenos y malos", "ángeles y demonios", que les permite arribar a extraordinarias conclusiones: el que no está totalmente de acuerdo con los monopolios transnacionales es un "delincuente subversivo" y el resto (ellos y sus amos oligárquicos) son la "gente sana y decente". Tal división social los enfrenta ahora con amplios sectores de la Iglesia Católica, que aun no compartiendo el proyecto de las organizaciones revolucionarias, tampoco se inclinan por el terrorismo reaccionario de los mandos castrenses.

La declaración emitida por la Comisión Ejecutiva del Episcopado Argentino, manifestando su reprobación hacia las acciones de los grupos paraestatales que secuestran y asesinan sacerdotes, contrasta con las actitudes de obispos conservadores al servicio de la represión. El antagonismo está planteado e incluso Paulo VI se sumó a una disputa que no puede terminar sino en la puesta en evidencia de los mandos militares, vanamente empeñados en disfrazar el genocidio bajo el manto de Cristo.